

**“Querida flor azteca”: correspondencias de una amistad.  
Alfonso Reyes / Victoria Ocampo**

MARGARITA PIERINI  
Universidad de Quilmes, Argentina

*Hemos nacido en las dos extremidades del mismo país  
que se extiende a lo largo de más de medio continente.*  
Victoria Ocampo (1960)

17 de octubre de 1927 es la fecha que anota Reyes en su *Diario* al registrar el primer encuentro con Victoria Ocampo. Apenas tres meses atrás había desembarcado en el invierno de Buenos Aires con su esposa, su hijo, el perro Alí y sus “300 libros favoritos” para ocupar una sede diplomática bastante complicada<sup>1</sup> y no demasiado apetecida. “Reyes llegaba a la Argentina —dice Zuleta— con una mezcla de decepción, interés y curiosidad”.<sup>2</sup>

De la decepción da cuenta el mismo *Diario* de Reyes que pocos meses antes, al ser reemplazado en la sede de París por Alberto Pani, especulaba con la posibilidad de volver a la embajada en Madrid, lugar de sus predilecciones, donde había desarrollado grandes amistades y una vasta producción literaria.<sup>3</sup> El interés y la curiosidad estaban

---

<sup>1</sup> Apenas desembarcado, recibe un telegrama de Genaro Estrada, oficial mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores, con el siguiente texto: “Remita presupuesto mínimo, meta en orden personal, espere credenciales”. *Diario*, 4 de julio de 1927.

<sup>2</sup> Zuleta, en Robledo (1998: 432).

<sup>3</sup> *Diario*, 21 de septiembre de 1926. También, la carta de “consuelo” que le escribe desde Madrid Enrique González Martínez, que lo antecediera en el cargo: “No me explico tanto pesimismo en Ud. Claro que dejar esa ciudad única [París] es cosa triste, y que apenas su proyectada vida en España le hubiera compensado lo que perdía; pero

motivados por los argentinos con quienes se había relacionado en Europa y por las referencias a la vida intelectual de Buenos Aires, en la que era conocido y admirado.<sup>4</sup>

No sorprende, por lo tanto, que en el ámbito cultural y social al que se incorpora Reyes apenas llegar, con la vitalidad y el don de gentes que lo caracterizan, sus caminos se crucen prontamente con los de otra figura que empieza a ser reconocida, ya no sólo por los méritos de su apellido, belleza y dinero, sino por su actividad en el campo de las artes. (Todavía está por estudiarse esta esfera de la sociabilidad femenina en una década que para la Argentina significó un momento particularmente fecundo —los años 20. El *Diario* de Reyes sería un buen punto de partida para este estudio, porque por él circulan continuamente los nombres de Victoria Ocampo, María Rosa Oliver, Elena Sansinena de Elizalde, Delia y Adelina del Carril, las hermanas Nieves y Perla Gonnet, Norah Borges, Dora y Elvira de Alvear, como presencias destacadas en la creación y en la promoción del arte y la cultura).

Sobre la actividad de Reyes como diplomático en los dos períodos en que fue destinado a la Argentina existe una vasta bibliografía que continúa descubriendo y profundizando las hondas y fecundas huellas que dejó en nuestro país su paso de (apenas) cinco años por Buenos Aires (1927-1930; 1936-37).

Aquí me propongo centrarme en la relación de amistad que entabló al llegar a la Argentina con la que Ortega y Gasset —otro de los admiradores de Victoria— llamó hiperbólicamente “la Gioconda de la Pampa”,<sup>5</sup> y que, sostenida primero a través de los encuentros en los múltiples viajes de ambos y después en la correspondencia que cada

tome en cuenta que la Argentina es una gran legación y que Buenos Aires es urbe codiciada y populosa. A poco de conocerla, se hallará Ud. contento entre aquellas gentes. A Ud. lo conocen y lo admiran por aquellas tierras, y esto contribuirá a que Ud. se considere en un medio familiar” (carta del 11-3-1926; la nota manuscrita de AR acota: “Dije que me iba de París con tristeza: nada más”. 236).

<sup>4</sup> En 1924, al conocerse la designación de Reyes para Buenos Aires (después postergada por otras misiones), le escribe González Martínez: “Aquí encontrará Ud. gente amiga que lo conoce, lo admira y tiene por Ud. grandes simpatías. [...] Será pues recibido como se merece (dentro de cierta frialdad propia de este país, que no es muy expresivo)” (Reyes-González Martínez. 2002: 172).

<sup>5</sup> En carta de mayo de 1917, citada extensamente por Victoria en el tomo III de su *Autobiografía* (Ocampo 1982: 115).

uno de ellos cultivó como una de las facetas de su creación literaria, se mantuvo a lo largo de tres décadas, hasta la muerte de Reyes.<sup>6</sup>

Siguiendo el modelo que trabaja Norberto Galasso (2000) para historiar dos vidas paralelas en el tiempo, y que en algún momento se cruzaron (Victoria Ocampo y Arturo Jauretche) quisiera trazar aquí algunas líneas de dos historias de vidas que coincidieron a veces en la geografía, durante muchos años en su tiempo vital, y durante toda la vida en el amor a las letras.

Casi estrictamente coetáneos (Reyes, 1889-Ocampo, 1890) comparten, junto con el espíritu generacional, un origen patricio y, por ende, un lugar destacado en el ámbito social y político.<sup>7</sup> También, en su infancia, comparten la holgura económica y atesoran, gracias a ella, un acervo cultural que conformará los cimientos de su producción literaria: en ese capital simbólico que los hace partícipes de la otra “gran” familia, la de la cultura universal, encuentran los vínculos que desde el primer momento los acercan y les permiten entablar un diálogo no siempre comprendido ni compartido por otros posibles compañeros de ruta.<sup>8</sup>

Su educación va por caminos muy distintos, porque las pautas de la época así lo imponen: las mujeres de la clase de Victoria no tienen por qué educarse formalmente. Ella estudiará en su casa, con profesoras e institutrices, y se lamentará más tarde de las restricciones impuestas

---

<sup>6</sup> La riquísima correspondencia de Reyes ha ido saliendo a la luz, como es sabido, gracias a la tarea de numerosos investigadores y a la generosidad de Alicia Reyes. La de Ocampo no ha tenido aún la misma suerte; solamente se han editado hasta el momento algunos de sus epistolarios. Sus cartas han sido adquiridas por la Universidad de Harvard, que permitió hacer una copia para la Biblioteca de la Academia Argentina de Letras; pero aún no se han otorgado las autorizaciones para abrirlas a la consulta de los investigadores.

<sup>7</sup> Reyes, hijo del que fuera gobernador de Nuevo León y “probable sucesor del trono porfiriano” (Guzmán Urbiola *et al.* 1989: 28), Ocampo, hija y nieta de una familia vinculada con personalidades de la historia argentina como Sarmiento y Carlos Pellegrini.

<sup>8</sup> En su estudio sobre el fallido proyecto inicial de *Sur*, tal como lo soñara Waldo Frank, reuniendo a “Mariátegui el andino, Victoria la porteña y [Glusberg] el judío universal”, Tarcus (1996/97) subraya las dificultades de origen de la empresa: “Está claro que entre Victoria y Glusberg pesó más el corte de clase que la común pertenencia a una comunidad intelectual. Eran abismales las diferencias dictadas por sus orígenes, sus estilos de vida, sus ideologías”.

por esa sociedad,<sup>9</sup> Reyes en cambio sigue el *cursus honorum* que corresponde —también— a un joven de su clase: Escuela Preparatoria, Facultad de Derecho, inserción en la Universidad y en los grupos de jóvenes intelectuales, como el Ateneo.

1913 es, por motivos muy distintos, un año liminar en la vida de ambos. Para Reyes, la muerte del padre marcará un giro radical en una trayectoria que se anunciaba repleta de promesas, en lo académico y en lo familiar. Ya está casado, tiene un hijo, ha visto publicado en París su primer libro,<sup>10</sup> ocupa el cargo de Secretario de la Escuela Nacional de Altos Estudios, donde ejerce también como profesor.<sup>11</sup> Después del 9 de febrero, el exilio, la pobreza, y sobre todo, esa herida profunda que lo acompañará siempre, y que más allá de textos inolvidables en homenaje al padre, asomará en gestos insospechados en una persona que se presenta como un temperamento clásico y por ende, racionalista.<sup>12</sup>

Su primer viaje a Europa está, pues, en las antípodas de aquéllos que para Victoria resultarán familiares desde los seis años de edad a los lugares donde se considera como “en casa”; es decir, los viajes a Europa de la clase alta latinoamericana desde finales del XIX hasta que la Gran Guerra interrumpa drásticamente el clima de *belle époque* que le es dado disfrutar. Reyes, en cambio, vive en París y luego en Madrid “dos años de hambre” (1914-1915),<sup>13</sup> al quedar cesante en su cargo diplomático tras la caída de Huerta. Años en los que se multiplica en los trabajos menudos que tantos intelectuales en el exilio cultivaron antes y después

<sup>9</sup> “La educación que se daba a las mujeres era por definición y adrede incompleta, deficiente. ‘Si hubiera sido varón, hubiera seguido una carrera’, decía mi padre de mí, con melancolía, probablemente”; Ocampo (1980: 16).

<sup>10</sup> *Cuestiones estéticas* (1911), editado por Ollendorf, con prólogo de Ventura García Calderón.

<sup>11</sup> Y donde crea la cátedra de Historia de la Lengua y Literatura Española.

<sup>12</sup> Pocos días antes de su partida de la Argentina (marzo de 1930) asiste en casa de Nieves [Gonnet] a una sesión de “psicometría” de una vidente de renombre, Irma Maggi. “Lo más notable fue mi prueba, de todos absolutamente ignorada, salvo de mi mujer a quien previne el mayor secreto. Le llevé, bajo sobre (y dentro del mismo sobre se limitó ella a palparla) la gorra cazadora con que murió mi padre. El resultado admirable [...] puede verse en mi archivo de cartas de esta fecha”. El mismo Reyes subraya “lo absurdo que parecía ponerse a escribir de sangre y de visiones épicas en medio de una reunión social y amable como aquella”. *Diario*, 15-3-30.

<sup>13</sup> *Diario*, 15 de febrero de 1925.

de él (Martí, los transterrados españoles, los exiliados latinoamericanos en épocas más cercanas): traducciones que aparecen bajo su nombre o el de una firma más prestigiosa o menos comprometida, colaboraciones en periódicos en los más diversos rubros.<sup>14</sup> Hablar de este derrumbe —donde la pérdida material es apenas el emergente de las pérdidas simbólicas: el honor del nombre, la carrera interrumpida, el sentimiento de lejanía hacia un país que se revela distinto, imprevisible, volcánico, *bronco*— parece imposible para este intelectual que elige la distancia, el silencio, el apartamiento de la vida política.<sup>15</sup> Solamente a través de la mediación de lo ficcional podrá representarse en la imagen de ese hombre que camina por el Madrid invernal, "los codos raídos, los zapatos rotos", ese hombre que "no posee nada, y tuvo casa grande, con jardines y fuentes, y salones con cabeza de ciervos".<sup>16</sup>

Y aunque en los años sucesivos pueda ir recomponiendo algunas de esas pérdidas, retomando su labor académica hasta convertirse en el Maestro admirado de grupos y cenáculos por dondequiera que vaya (Madrid, París, Buenos Aires, Río, y finalmente México), me parece que puede rastrearse en ese "derrumbe" la razón de su constante inseguridad en lo económico, enunciada una y otra vez en su *Diario* o en cartas a los amigos de manera más o menos acuciante.<sup>17</sup> Y a ello se asocia también, me parece, el afán por asentarse en una casa que debería constituir —otra vez buceando en lo simbólico— la recuperación de ese hogar primordial que todo hombre necesita para sentirse entero (como hecho curioso y sorprendente en un diplomático —por esencia, trashumante—, la casita que proyecta construir en la ciudad de La Plata (a 60 km de Buenos Aires), ¿signo de una voluntad de afincarse

---

<sup>14</sup> Dice Curiel: "La primera etapa madrileña de Reyes es, pues, la del investigador literario, el colaborador fantasma, el periodista a destajo, tareas a las que es menester añadir —también forzosas— las del traductor y divulgador de clásicos" (Guzmán-Reyes 1991: 99).

<sup>15</sup> La extensa carta a M. L. Guzmán escrita en Río el 17 de mayo de 1930 es el documento autobiográfico más elocuente en este sentido; la carta no fue enviada finalmente, por consejo de Pedro Henríquez Ureña (Guzmán-Reyes 1991: 134-141).

<sup>16</sup> En *La Fuga*; cit. Curiel (1995: 84).

<sup>17</sup> Cf. la citada carta a M. L. Guzmán, donde habla extensamente de sus deudas y de préstamos contraídos en Buenos Aires; de la correspondencia con Ocampo, ver especialmente la carta desde Río de Janeiro del 15-8-1938. En el *Diario* también aparecen numerosas referencias.

miento?).<sup>18</sup> Las múltiples referencias a la definitiva casa de México, y cuyo proceso de construcción desarrolla en su correspondencia. Y por último, la permanente dedicación a lo que ya en vida de Reyes se denominará “Capilla Alfonsina”.

Todos estos problemas son ajenos a Victoria, como reconocerá abiertamente en sus memorias.<sup>19</sup> Sus pérdidas serán de otro orden; y lo que ella tendrá que hacerse perdonar no será la marca imborrable de un padre que eligió una opción perdedora, sino la “falta de argentinidad” que durante toda su vida pública le enrostrarán desde diferentes trincheras.<sup>20</sup>

1913, decíamos, año angular para Victoria. La joven recién casada que llega a París para la larga luna de miel que le permite su fortuna y la de su esposo, y que en muy pocos meses descubre que ha caído en la trampa de un matrimonio insostenible, que es una mujer admirada y deseada por muchos y que ha encontrado al hombre por quien y con quien su vida va a dar un vuelco radical: desde su regreso a Buenos Aires, será la mujer que se atreve a desafiar (algunas) convenciones para separarse de su marido, para vivir sola —un hecho excepcional en su época y en su clase— y para emprender su carrera intelectual.

He aquí, brevemente, la historia de éstas dos personas que se van a encontrar un día de octubre en alguna reunión social, diplomática o artística de las tan frecuentes en Buenos Aires en esa década de actividad y producción cultural, que surge y se sostiene gracias a la prosperidad económica del país entre las dos guerras, y al apoyo del presidente Alvear, favorecedor de la cultura.<sup>21</sup> En este tipo de encuentros,

---

<sup>18</sup> “Ayer firmé los papeles del terrenito que en Villa Risca, La Plata, le compro a Manuelita: son 300m” por \$700, cerca estación Camacho, para construir un cuartito de reposo” (*Diario*, 25/4/29). Y días después: “Ocupome construcción Casa Campo ‘La Plata’ (29/4/29).

<sup>19</sup> “No me cabe duda de que se podrá pensar, con todas las apariencias de la razón, que el único drama sufrido, las únicas dificultades vencidas en mi adolescencia y juventud, eran de la índole del desayuno que no llegó a hora fija, o del baño sin agua caliente por una momentánea descompostura de la caldera. Sin embargo, esto que parecería ser la verdad no es toda la verdad, ni siquiera *la mitad* de la verdad” (*Autobiografía* II: 9-10).

<sup>20</sup> La correspondencia entre Victoria y Arturo Jauretche, en los años 70, constituye uno de los testimonios más reveladores de esta tensión (Galasso 2000).

<sup>21</sup> “Sabido es [...] que las actividades culturales y el tono de la sociabilidad porte-

suele haber un conocimiento previo, y unas expectativas que la presencia real confirma o decepciona. ¿Qué sabe en este caso cada uno del otro? Él es un escritor ya famoso en Buenos Aires, al punto de que una revista popular como *Caras y Caretas* dedica varias páginas a celebrar su arribo.<sup>22</sup> Años después, escribirá Victoria: “La fama, el nombre de Alfonso Reyes llegó a mí mucho antes que su persona. Era un nombre que todos, en la América Hispana, conocíamos por poco que nos interesaran las letras”.<sup>23</sup> Ella no se destaca todavía por su producción literaria,<sup>24</sup> pero es una figura reconocida por su belleza, su seducción,<sup>25</sup> su actividad como mecenas,<sup>26</sup> y lo que se llamaría con buena o mala intención —en general, mala— su “libertad de costumbres”. La primera impresión que Reyes asienta en su *Diario* al conocerla da fe de que estos pre-juicios sirven de “guión” o de marco para el encuentro real: “Victoria Ocampo, diosa colosal, volante, en manto de plata, como en Rubens sin carnes flojas, en esta catarata de síes”.<sup>27</sup>

---

ña campeaban en aquel entonces [...]en una de sus etapas relevantes” (Battistessa, en Robledo 1998: 411).

<sup>22</sup> La nota de *Caras y Caretas* incluye su foto, una caricatura con sombrero de charro, un reportaje y una copla: “De este mexicano/ de mucho talento, un republicano/ dice por ahí:/ Los más revoltosos/ serían dichosos/ con Reyes así”; *Caras y Caretas* n. 1502, 16 de julio de 1927.

<sup>23</sup> Ocampo (1963: 181).

<sup>24</sup> Algunos artículos en *La Nación* y dos libros breves: *De Francesca a Beatrice* (1924) y *La laguna de los nenúfares (fábula escénica)* (1926).

<sup>25</sup> A la serie de los admiradores de Victoria ya conocidos por sus memorias o por los estudios biográficos que se le han dedicado (Mayer, Matamoro, Ayerza-Felgine, Sitman), habría que agregar alguien bastante inesperado, de acuerdo con el perfil que de él se ha difundido. Escribe Macedonio Fernández a su amigo Xul Solar: “Yo no voy a casa de Victoria O. (y se lo puede decir si lo halla prudente) por no enamorarme. [...] Pero tampoco quisiera que en casa de O. me interpretaran como infatuado. Por eso propongo que usted insinúe aquélla u otra explicación de mi privación de visitarla, que es una privación para mí” (c. agosto 1928) (García, s/f).

<sup>26</sup> En 1924 fue la promotora de la llegada de Ernest Ansermet a Buenos Aires para dirigir la Asociación del Profesorado Orquestal. La iniciativa demandó bastante esfuerzo, ciertamente: en una breve carta al director, le informa: “¡Ya tengo los 20.000 pesos!” [necesarios para el proyecto]; y seguirá reuniendo fondos apelando a sus contactos: “Intentaré cortejar a Carlos Noel [intendente de Buenos Aires] para arrancarle los 20.000 pesos a la Municipalidad, que agregados a los 30.000 sumarían 50.000”; Ocampo (1980: 179).

<sup>27</sup> *Diario*, 17 de octubre de 1927.

Waldo Frank, que la conocerá apenas dos años después, la evocará en sus memorias en términos similares —aunque con mayor percepción psicológica, lograda con el paso del tiempo y la profundidad de la relación: “Cuando la conocí, Victoria tenía alrededor de cuarenta años: era una mujer alta, morocha, de belleza clásica; una mujer poderosa; una mujer rica<sup>28</sup> y, en su vida privada, una mujer desdichada”.<sup>29</sup>

Aunque Victoria siempre se definiera como “apolítica” —y todos sabemos la flagrante inexactitud del término en cualquier época y contexto— está estrechamente relacionada, por sus vínculos familiares primero, y después, en su papel de “animadora cultural”, con el mundo del poder; en particular con el presidente Alvear y más adelante, con el presidente conservador Justo (1932-38) a los cuales apela en términos casi familiares.<sup>30</sup> Reyes obviamente está vinculado con ese mundo por sus funciones diplomáticas, aunque también podríamos aventurar que debe a su don de gentes y no al estricto protocolo algunos gestos de especial deferencia que no deja de registrar en su *Diario*.<sup>31</sup> (Más aún teniendo en cuenta las complicadas relaciones entre ambos países en este periodo, que serán la causa del retiro de Reyes de la embajada en Buenos Aires).<sup>32</sup>

---

<sup>28</sup> Un escritor que se mantuvo ajeno a estos ambientes, pero que los contempló desde una perspectiva muy crítica, nos deja esta imagen en su *Diario*: “Victoria Ocampo, dama aristocrática, apoyada en grandes millones, hospedaba en su casa a Tagore y a Keyserling, con obcecación entusiasta se había ganado la amistad de Valéry [...] y se tuteaba con Stravinsky. ¿En qué medida influyeron en esas majestuosas amistades los millones de la señora Ocampo y en qué medida sus indudables cualidades y su talento personal? He aquí una pregunta que no pretendo contestar”, Gombrowicz. *Diario argentino*, cit. en Galasso (2000: 75-76).

<sup>29</sup> Cit. en Tarcus (1996/97: 34).

<sup>30</sup> En el episodio (sin fecha, pero c. 1932) sobre la censura que sufre por parte de las autoridades eclesiásticas que vetan su participación en un recital de beneficencia, acude directamente a la Casa Rosada a “contarle la historia al General Justo (Presidente)”. (*Autobiografía VI*: 62).

<sup>31</sup> El 26 de noviembre de 1928 anota en su *Diario*: “Ayer en la noche me cedió su palco del Colón el Presidente Yrigoyen”.

<sup>32</sup> La revista *Nosotros*, dirigida por Roberto Giusti, lo señala así: “Acabamos de despedir, el 31 del corriente [marzo 1930] a Alfonso Reyes, embajador de México en la Argentina, quien es trasladado por su gobierno a Río de Janeiro, dícese que porque el nuestro no llena la embajada vacante en el país hermano. Es verdaderamente sensible que los círculos intelectuales argentinos pierdan un valor que se les había incorpo-

Pero es, sobre todo, el mundo intelectual y cultural el que comparten en este Buenos Aires en cuyas actividades Reyes participa desde el primer momento. Un mundo plural y, desde nuestra óptica contemporánea, imprevisible por los encuentros, amistades, simpatías y colaboraciones que se entablan —o se proyectan— entre personajes disímiles. Los años 20, como señala Tarcus, representan una época cargada de crisis, de cruces y de virajes sorprendentes. La década siguiente mostrará la imposibilidad de los plácidos consensos con quienes apoyan y promueven ideas y acciones de destrucción masiva; para nuestra América, y me refiero sobre todo a la Argentina, la Guerra Civil española aparece como la línea divisoria que marca un antes y un después en estas relaciones.<sup>33</sup>

El mundo intelectual de la década de los 20, sin embargo, no es homogéneo, ni mucho menos armonioso. Está formado por varios grupos que se disputan la hegemonía del campo intelectual, y entre los cuales la hostilidad asume, en los jóvenes, la forma de la burla, y en los "mayores", la de la aparente indiferencia o la resignada ironía. No corresponde tratar aquí las relaciones entre estos grupos durante la estadía de Reyes en Buenos Aires, tema que ha sido desarrollado entre otros por dos estudios medulares, el de Enrique Zuleta (1989)<sup>34</sup> y el de Rose Corral (2003). Simplemente debemos recordar la convivencia —y coexistencia, en reuniones sociales, conferencias, espacios comunes de publicación— de Leopoldo Lugones, Manuel Gálvez, Ricardo Rojas,

---

rado de tanta significación, y un animador de tan positiva influencia que ya había suscitado la aparición de una publicación tan escogida como los *Cuadernos del Plata*"; en Robledo (1998: 163). Javier Garciadiego analiza este conflicto en su trabajo "Alfonso Reyes, embajador en Argentina", presentado en el Seminario "Reyes: los lazos y las letras" realizado en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, en agosto de 1997.

<sup>33</sup> María Rosa Oliver, gran amiga y huésped frecuente de los Reyes, recuerda "los días aquellos cuando en la Embajada de México, en la calle Arroyo, Alfonso reunía a amigos que después no hemos vuelto a estar juntos, a conversar como entonces conversábamos, porque era él quien daba el tono y el contenido a esas conversaciones"; cit. en Robledo (1998: 312). Ella, en particular, en el proceso que la lleva a definirse cada vez más por una militancia de izquierda, se irá distanciando de sus compañeros de *Sur*, aunque mantendrá la amistad con Victoria hasta su muerte, en 1977.

<sup>34</sup> El artículo de Zuleta ("Alfonso Reyes y la Argentina") apareció en *Cuadernos Hispanoamericanos* (1989); para este trabajo lo he consultado en la recopilación de Robledo (1998).

Roberto Giusti (los “mayores”), con los integrantes de la vanguardia martinfierrista (Marechal, Molinari, Borges, Evar Méndez, Gleizer), y los escritores y editores de la izquierda (Glusberg, Zamora, los González Tuñón, Castelnuevo).

Reyes se mueve a sus anchas en este universo *cosmopolita* —como les complace ser calificados a sus ciudadanos— que lo ha recibido con una caravana de homenajes que por cierto resiste con mucha mejor fortuna que su antecesor Amado Nervo, y donde se ve solicitado para innumerables actividades que se suman a las requeridas por su cargo (desde inaugurar una placa de bronce en la calle México<sup>35</sup> hasta colaborar en una revista femenina, la histórica *Para Ti*).<sup>36</sup> “La plena actividad y la plena ubicuidad. Esto es la alegría”.<sup>37</sup> La frase de su diario puede tomarse como descripción perfecta del carácter de Reyes, de su vocación y su trayectoria.<sup>38</sup>

Pero lo que pronto va a descubrir Reyes es la otra cara de esta realidad, que suele ahorrarse al visitante pasajero, pero que con el paso de los meses se saca a relucir también frente al que ya se siente allegado, afincado, y por ende, potencial competidor. Años atrás, su antecesor González Martínez lo había prevenido sobre estos rasgos de la intelectualidad porteña: “Aquí las agrupaciones son algo difíciles. Personalmente, Lugones, Rojas, [Alfredo L.] Palacios, los excelentes amigos de

<sup>35</sup> La calle llevaba ese nombre desde 1822; el 21 de abril de 1928 el Intendente Horacio Casco descubre una placa de bronce con la efigie de un caballero águila y Reyes, embajador de la Revolución, pronuncia un bello discurso donde hermana a los habitantes de las dos ciudades, México y Buenos Aires: “En la combatida y hermosa ciudad del águila y la serpiente —donde el aire, a fuerza de transparencia, parece siempre bañado en los lagos de Anáhuac; donde el granito rojo de las casonas coloniales hace fiestas al sol; donde la alegría de las cúpulas de azulejos (las más bellas del mundo) se destaca sobre el horizonte plateado de cada tarde—, ninguna de las estrellas del cielo se ha extinguido por el hecho de que el pueblo mexicano esté resuelto a procurar que la vida humana sea más digna de ser vivida, más justas y piadosas las instituciones, y que las calles de la ciudad sólo vean desfilar un día lo que yo deseo ahora para vuestra calle de México: hombres libres y hombres contentos con su pequeña porción de felicidad terrestre” (Reyes 1997: 13-14).

<sup>36</sup> “Envío *Para Ti* un cuestionario femenino resuelto por mi mujer”; *Diario*, 13/3/29. La nota (“Esposas de diplomáticos. Doña Manuela Mota de Reyes”) se conserva en uno de los libros de recortes de la Capilla Alfonsina, donde he podido consultarla gracias a la gentileza de Alicia Reyes.

<sup>37</sup> *Diario*, 26 de septiembre de 1929.

<sup>38</sup> Las mismas palabras podrían haber sido escritas por Victoria.

*Nosotros*, Capdevila, Fernández Moreno, Ingenieros, etc. etc. son encantadores, y estrecharán con ud. lazos de amistad; pero no es fácil hablar con todos a la vez... Aun los pequeños cenáculos, corrillos o mentideros literarios brillan aquí por su ausencia. Sin embargo, pienso que la calidad de extranjero da ciertas franquicias para tener un buen lote de compañeros que, sin el elemento exótico, andarían dispersos” (Reyes-G. Martínez 2002: 172).

La decepción de Reyes frente al mundillo literario argentino quedó reservada durante su vida —en concordancia con su carácter y en aras de su función pública— a su *Diario* y a las cartas a sus corresponsales más cercanos, pero los testimonios son numerosos y de una gran dureza. “Una sociedad de apariencias como la argentina”,<sup>39</sup> “a nadie le importa la literatura sino la politiquilla literaria de los grupos o *pato-tas*”,<sup>40</sup> “los grupos están reñidos en forma brutal y soez”, “se escribe por mundanidad o por rivalidad —que es lo mismo”.<sup>41</sup> En dos cartas, en particular, una dirigida a Genaro Estrada y otra a Ortega y Gasset,<sup>42</sup> poco antes de abandonar la Argentina, Reyes da salida a la decepción y al enojo por los manejos de estos grupos que no sólo lo embarcan en proyectos que después le arrebatan<sup>43</sup> sino que quieren sumarlo a sus rivalidades: “Yo les he dicho que al campo del jijismo yo no puedo seguirlos”, le escribe a Estrada.

Victoria ya conoce bastante de lo que Reyes denomina en esa misma carta el “jijismo literario”. Para los jóvenes de la vanguardia, ella es una especie de “Preciosa ridícula” que “recita en francés, frente a un público argentino que habla mal el español, los poemas que en inglés escribe Rabindranath Tagore”.<sup>44</sup> Y sus textos son criticados sin piedad

<sup>39</sup> *Diario*, 12 de marzo de 1928.

<sup>40</sup> *Diario*, 8 de enero de 1930.

<sup>41</sup> Carta a Ortiz de Montellano, 26/7/30. En Corral (2003: 175).

<sup>42</sup> Ambas reproducidas en Corral (2003).

<sup>43</sup> Es el caso de la colección Cuadernos del Plata, un proyecto en el que Reyes deposita grandes expectativas: “Se me ocurrió que tal vez podía yo quitarme de encima para siempre la enojosa preocupación de estar buscando editores y libreros” (Carta a Ortega 10/1/30); la colección finalmente queda en manos de Evar Méndez.

<sup>44</sup> En la reseña (?) que la revista *Inicial* (N. 11, febrero de 1927) hace de su obra *La laguna de los nenúfares*, a la que se califica como “un mal extracto, o mejor dicho, una pésima imitación de un libro que hemos leído editado en París y escrito por un tal poeta belga llamado Mauricio Maeterlinck, que lleva por intitulado *El pájaro azul*”.

en las tertulias literarias de estos cenáculos, provocando en Reyes la necesidad de defenderla<sup>45</sup> y aun de “salvarla”.<sup>46</sup>

Más allá de la solidaridad que se despierta en él ante la hostilidad de estos grupos que ejercen el *patoterismo* intelectual, hay una serie de lazos que los han vinculado en estos años de convivencia en Buenos Aires, hechos de encuentros y diálogos en reuniones sociales, en conferencias y recitales,<sup>47</sup> en las tertulias de la Embajada, en comidas de celebración,<sup>48</sup> en charlas a solas en la casa de Victoria en San Isidro donde él le confía su desazón y le reclama no haber podido estar “tan cerca de ella como hubiera querido en [ese] año de prueba [1928]. [...] Los hombres me hubieran servido de poco. Las orientaciones que yo necesitaba, sólo de una mujer podrían venir; y de una superior, como ella”.<sup>49</sup>

Amistad, orientación, confianza mutua, es lo que le demanda Reyes. También ayuda pecuniaria. En el vínculo entre los dos está presente la asimetría que hace que Victoria sea la potencial dadora de bienes materiales,<sup>50</sup> sostén económico para los proyectos del escritor,<sup>51</sup> y

<sup>45</sup> “De paso, dale contra Victoria Ocampo por su hermoso y reciente artículo [“Quiromancia de la pampa”, publicado en *La Nación* en diciembre de 1929, recogido después en el primer volumen de *Testimonios*] que antes de la cena, Borges me había ayudado a elogiar y que ahora, ante la llegada de los dos energúmenos [Bernández y Marechal] también a él le parecía detestable. Yo creía que aquello era una pesadilla” (carta a Ortega, en Corral 2003: 166).

<sup>46</sup> En la misma carta a Estrada: “He logrado salvar a Victoria —creo: son muy inseguros estos cabrones” (Corral 2003: 161).

<sup>47</sup> El 13 de octubre de 1929 los reúne en la Asociación Amigos del Arte una velada de homenaje a Mallarmé, en la cual recita Victoria Ocampo y Reyes habla sobre la vida y obra del poeta; *Diario*: 191.

<sup>48</sup> “En el Golf Club Argentino de Palermo reuní a los primeros colaboradores de los Cuadernos del Plata para celebrar la iniciación de los trabajos. Concurrieron mi Manuelita, Victoria y Silvina Ocampo [...] Total, conmigo, 15 a la mesa”; *Diario*, 28 de octubre de 1929.

<sup>49</sup> *Diario*, 18 de octubre de 1928, es decir, un año después de haberse conocido.

<sup>50</sup> La misma Victoria asume y exhibe este papel de mecenas. Ante la insistencia de Waldo Frank para que emprenda la creación de una revista —que será *Sur*— le contesta, según recordará en su autobiografía: “¿Con quién voy a hacer esa revista? [...] Estoy dispuesta a resolver el problema económico, sola, para comenzar. Pero ¿quién me ayudará a resolver el otro problema, el de mis colaboradores?” (Ocampo 1984: 69).

<sup>51</sup> Ejemplos en el *Diario*, 12/9/29, 4/10/29; carta desde Río del 15 de agosto de 1938: la posibilidad de aceptar una invitación en los Estados Unidos “es un último

él, por su parte, el poseedor reconocido de los bienes intelectuales que lo convierten en el consejero para los proyectos de Victoria. En el inicio de la invención de *Sur*, Reyes no es demasiado estimulante, como tampoco lo es Ortega.<sup>52</sup> Anota en su *Diario* (18-12-29), después de despedir a Victoria que se embarca hacia Europa y Estados Unidos: “Todo este tiempo, luchando para aclarar a Victoria sus propias indecisiones sobre esa insulsa idea de hacer una revista interamericana dirigida por Waldo Frank y ella y con la asociación de Glusberg”.<sup>53</sup>

Sin embargo, como es sabido, la desconfianza inicial dejará paso al entusiasmo al ver concretado el proyecto de *Sur*, que contará a Reyes como integrante del Comité Editorial y uno de sus más asiduos colaboradores y difusores.

La despedida de diciembre de 1929 marca el final de esta etapa. Victoria se embarca para Europa, Reyes dejará poco después la Argentina para hacerse cargo de la embajada en Brasil. Despedida que ella rubrica, al estilo de la época, con el regalo de una bella foto tomada por Man Ray, “para mis queridos amigos Manuela y Alfonso”.<sup>54</sup>

Los años posteriores los reunirán fugazmente, en las escalas en Río durante los viajes de Victoria a Europa, en la segunda estadía de Reyes como embajador en la Argentina (julio 1936-diciembre 1937), donde los une, entre otras cosas, el apoyo a la República Española, envuelta en la Guerra Civil. Será hasta octubre de 1943, en uno de sus viajes de regreso desde los Estados Unidos, cuando Victoria acepte las reite-

---

recurso: ¿cree usted que me seduce encerrarme en el pueblo de Austin, en Texas? Quiero tentar antes otra posibilidad: el desarrollo de su Editorial, ¿le permitiría ayudarme de un modo estable, dentro de lo humano y lo que a sus intereses convenga?” (Reyes-Ocampo 1983: 32).

<sup>52</sup> “Sigo enfermo y fastidiado, pero esto no disminuye la curiosidad que tengo por tus pasos y andanzas en París y por tus proyectos. De éstos he oído uno vagamente que me causa algún espanto: tu viaje a Norteamérica para fundar una revista panamericana. ¿Hay algo de esto?”; carta de Ortega desde Madrid, 24 de enero de 1930; en Ocampo (1980: 74).

<sup>53</sup> En la citada carta a Estrada es aún más drástico: “Algo haré para la *Nuestra América* Waldo Frankiana que Victoria proyecta con la imposible y perjudicial colaboración del estratega judío universalmente odiado aquí, Samuel Glusberg. ¡Cosas de Frank, que está empeñado [...] en que todos los hombres son muy buenos y son sus hermanos! El pobre no conoció el ambiente”.

<sup>54</sup> Guzmán Urbiola *et al.* (1989: 118).

radas invitaciones de sus amigos para hacerles una breve visita en México.<sup>55</sup>

A lo largo de esos años, y hasta la muerte de Reyes, las cartas dan testimonio de la colaboración intelectual entre estos dos ciudadanos del mundo de las letras, siempre infatigables en la creación de proyectos, siempre con renovados entusiasmos, intercambiando confidencias y consultas con la cercanía que da una ya añeja amistad.

Entre los códigos que manejan estos dos amigos, el apodo con que Victoria lo bautizara en Buenos Aires se sostiene a lo largo de los años, como muestra reiteradamente el epistolario recogido por Héctor Perea (Reyes-Ocampo 1983). La “flor azteca” —un término hoy desconocido en Buenos Aires, pero de uso común en el léxico de mi madre— era un curioso número de feria, logrado mediante un juego de espejos, en el cual se exhibía en un escenario una cabeza de mujer que contestaba las preguntas del público.<sup>56</sup>

Reyes asienta en su *Diario* (10 de enero de 1928), haber visto en Montevideo al “mexicano que exhibe en la feria una notable cabeza parlante: La Flor Azteca”. Posiblemente a partir de su relato surge el apodo con que Victoria inicia algunas de sus cartas unos meses después (octubre 1928), y que será un *leit motiv* a lo largo de su correspondencia: “Mi querida flor azteca”, “mi pequeña flor azteca”, “mi muy querida flor azteca, nunca marchita para mí” (1956). Reyes se incorpora al juego humorístico y afectuoso rubricando las despedidas con matices que dan cuenta de sus estados de ánimo: “Su ex-flor azteca (porque ya va pasando a cardo)” (1932); “su pobre Flor Azteca” (1938); “saludos cariñosos de su marchita flor azteca” (1939); “su mortecina flor azteca” (1940); para renacer en “tu siempre lozana flor azteca” (1945).

---

<sup>55</sup> En el homenaje póstumo que le rinde *Sur* (n. 264, 1960), Victoria recordará al Alfonso “que me recibía en su casa-biblioteca y me hablaba de cosas que yo había visto ese día, o iba a ver: el Desierto de los Leones, el árbol de la Noche Triste, las pirámides de Teotihuacan, Tasco...” (Ocampo 1962: 182).

<sup>56</sup> Así lo describe Zuleta (en Robledo 1998: 436). El investigador Ramón Gutiérrez nos completa la información: “Mi esposa Graciela [Viñuales] vio una en [las grandes tiendas] Gath y Chaves cuando chica; aparentemente era un cuarto con un juego de espejos donde se veía solamente la cabeza de una mujer (sin cuerpo) rodeada por una especie de babero de papeles del tipo de papel calado de los mexicanos, y que hablaba con los transeúntes”.

En 1950, al recibir el número de *Sur* ilustrado con su foto, será justamente esta imagen la que evoque: "Queridísima Victoria mía: interrumpiremos nuestro expresivo silencio con unas cuantas palabras innecesarias. El número 186 de *Sur* me ha traído dos gratas sorpresas: mi efigie de "flor azteca" y el magnífico estudio sintético de Onís..."<sup>57</sup> (Podemos acotar que, aparte del código amistoso, la comparación surge casi inevitable: la foto, de escasa calidad por cierto, muestra únicamente la cara redonda de Reyes, de frente, calvo, con el bigote cano).

Concluyo recordando para este homenaje una expresión feliz de la correspondencia de estos dos viejos amigos. Escribía Victoria: "Mi muy querido Alfonso: [...] En enero de 1951 *Sur* cumplirá sus 20 años. Linda edad para una revista (y más aún para una persona...)"<sup>58</sup>

Más joven aún, la revista *Literatura Mexicana* está cumpliendo 15 años. En la quiniela de mi país, el número 15 designa a "la niña bonita". Ojalá que esta "Niña Bonita", surgida bajo el impulso de la querida Margit, siga creciendo con la fuerza, la inteligencia y la dedicación que le brindan sus continuadores, y que siga representando un espacio donde dialoguen nuestras voces desde "las dos extremidades del mismo país que se extiende a lo largo de más de medio continente".

#### BIBLIOGRAFÍA

- BATTISTESSA, ANGEL. "Leopoldo Lugones y Alfonso Reyes (documentos para la historia de una amistad)", en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*- XL. 155-158. (enero-junio 1975). 9-37.
- CORRAL, ROSE. *Revista Libra 1929*. Edición facsimilar. Estudio introductorio "Alfonso Reyes y la revista argentina *Libra*". México: El Colegio de México, 2003.
- CURIEL, FERNANDO. *El cielo no se abre. Semblanza documental de Alfonso Reyes*, México: Universidad Nacional Autónoma de México / El Colegio Nacional, 1995.
- GALASSO, NORBERTO. *Dos Argentinas. Arturo Jauretche-Victoria Ocampo. Correspondencia inédita. Sus vidas-sus ideas*. Rosario: Homo Sapiens, 2000.

<sup>57</sup> Reyes-Ocampo (1983: 51).

<sup>58</sup> *Ibid.*, 52.

- GARCÍA, CARLOS. "Alfonso Reyes/Macedonio Fernández: correspondencia 1919-1937", *www.macedonio.net*
- GUZMÁN-REYES. *Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*. Edición de Fernando Curiel. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1991.
- GUZMÁN URBIOLA, X.; HÉCTOR PEREA Y ALBA C. DE ROJO. *Alfonso Reyes. Iconografía*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Inicial. Revista de la Nueva Generación (1923-1927)*. Edición facsimilar. Berneal, Quilmes: Editorial Universidad Nacional de Quilmes, 2004.
- KING, JOHN. *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el destino de una cultura 1931-1970*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- MATAMORO, BLAS. *Genio y figura de Victoria Ocampo*. Buenos Aires: Eudeba, 1986.
- OCAMPO, VICTORIA. *Autobiografía. II. El imperio insular*. Buenos Aires: Sur, 1980.
- *Autobiografía. III. La rama de Salzburgo*. Buenos Aires: Sur, 1982.
- *Autobiografía. VI. Sur & Cia*. Buenos Aires: Sur, 1984.
- *Correspondencia*. Buenos Aires: Sur 347. (julio-diciembre 1980).
- *Testimonios*. Madrid: *Revista de Occidente*, 1935.
- *Testimonios. Sexta serie (1957-1962)*. Buenos Aires: Sur, 1963.
- OLIVER, MARÍA ROSA. "Mi fe es el hombre", en *Memorias*, 3. Buenos Aires: Carlos Lohlé; 1981.
- REYES, ALFONSO. *Diario 1911-1930*. Prólogo de Alicia Reyes. Universidad de Guanajuato, 1969.
- "La calle de México en Buenos Aires", en *Águila o Sol. Revista mexicana en Argentina*. 3. (julio, 1997).
- Y ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ. *El tiempo de los patriarcas. Epistolario 1909-1952*. Edición de Leonardo Martínez Carrizales. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- y VICTORIA OCAMPO. *Cartas echadas. Correspondencia 1927-1959*. Edición de Héctor Perea. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1983.
- ROBLEDO RINCÓN, EDUARDO (COORD.). *Alfonso Reyes en Argentina*. Edición y recopilación de textos por Rafael Centeno. Buenos Aires: Eudeba / Embajada de México, 1998.
- TARCUS, HORACIO. "Samuel Glusberg, entre Mariátegui y Trotsky. Segunda parte", en *Revista El Rodaballo* 3. 5: (1996-1997).